

SUBURBANO EDICIONES

LITERATURA · LIBROS · AUTORES

DOSSIER DE CUENTO

Cuentos

Deseo. Memoria. Extrañeza. Crimen.



**Ivón Osorio
Gallimore**

Una familia rota



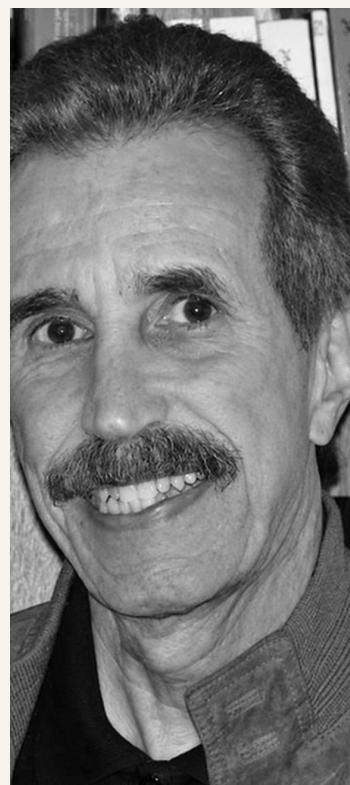
**Jennifer
Thorndike**

Labios ajenos



**Pablo
Brescia**

**Un problema de
difícil solución**



**Rodolfo Pérez
Valero**

Mr. Not Guilty

13 LIBROS PARA SEGUIR LEYENDO

Todo el catálogo de cuento de Suburbano Ediciones

ÍNDICE

Cuatro cuentos

Una familia rota

03

Ivón Osorio Gallimore · Calle Patria

Labios ajenos

04

Jennifer Thorndike · Antifaces

Un problema de difícil solución

06

Pablo Brescia · La derrota de lo real

Mr. Not Guilty

09

Rodolfo Pérez Valero · Viaje One Way

Catálogo de cuento · 13 títulos

14

CUENTO COMPLETO · CALLE PATRIA

Una familia rota

Ivón Osorio Gallimore



En la casa vivían mi mamá, los bisabuelos, la abuela, la tía, el tío y los primos. Todos pendientes de mí hasta el más mínimo detalle, pero nunca dejé de sentir que algo me faltaba, sobre todo en aquellos días en los que debido a la bronquitis asmática no podía bajar a jugar. Entonces, salir al balcón era mi refugio.

Me pasaba horas con la cara entre los barrotes, mis manitas se aferraban a la baranda que se alzaba por encima de mi cabeza. Me enardecía mirando a los vecinos que vivían enfrente. Podía ver a una niña, a una mujer y a un hombre sentados juntos a una mesa. Ella llenaba el plato de su hija con arroz blanco, huevo frito y plátano maduro; lo que quedaba, se lo dividía con el esposo. Todos sonreían mientras se llevaban la comida a la boca. Cuando el viento soplab a mi favor, por mi nariz danzaban el aroma de laurel, comino, ajo, cebolla, chicharrón de pollo y tostones recién fritos.

Los domingos, cuando abrían las puertas del balcón de par en par, la niña aún andaba en pijama. La mujer vestía falda corta, blusa de tirantes, llevaba un plumero en la mano con el cual iba sacudiendo muebles y objetos. Él usaba bermudas, camisa de rayas verdes y leía el periódico sentado en el sofá.

Las mañanas eran lo peor debido al calor. No obstante, prefería estar afuera. Adentro, algunas veces, mi mamá discutía por teléfono con mi padre para que enviara la

manutención del mes. Cuando por fin entraba a la casa me regañaba al verme empapada en sudor y oliendo a rayo encendido. Enseguida me enviaba al baño a darme una ducha. De soslayo podía ver en el espejo, que el blanco de mis dientes contrastaba con mi cara aún más oscurecida debido al sol.

De lunes a viernes observaba a los vecinos después de las cinco de la tarde. Cuando el padre llegaba del trabajo, la niña corría a la puerta y él la cargaba y la besaba sosteniéndola en el aire. La mujer se acercaba y giraban y giraban. A veces los perdía detrás de alguna pared, hasta que los volvía a ver, más contentos que antes.

De noche, sus rostros eran alumbrados por el reflejo del televisor. Él descansaba la cabeza en los muslos de su esposa. La niña se acostaba encima de los dos, aferrada a una pequeña almohada que la inducía al sueño. Entonces, yo también entraba a descansar.

Por suerte, en aquella época las personas vivían con las puertas y ventanas abiertas para que entrara el aire. Ese aire que me faltó tantas veces, sobre todo cuando cambiaba el tiempo. Eso fue lo que permitió que estas imágenes se proyectaran ante mí, igual a una de esas películas francesas que pasaban los domingos en la tarde, bajo el prisma de alguien que, como yo, venía de una familia rota.

CUENTO COMPLETO · ANTIFACES

Labios ajenos

Jennifer Thorndike



Esa noche, cuando regresé a casa y me quité el disfraz, tenía el calzón mojado. Toqué ahí abajo y sentí la humedad viscosa, evidente señal de la calentura ocasionada por el lunar sobre su labio superior, a la derecha, que marcaba el camino hacia su boca pequeña, roja y carnosa. Si algo adoré esa noche, fue aquel lunar que quise lamer, besar, morder antes de desear cualquier otro atributo de su cuerpo. Yo bebía un *shot* de tequila y ella me hacía ojitos a la distancia mientras un borracho le manoseaba la pierna. Otro tequila, por favor, le dije al *bartender*. La chica me guiñó el ojo y yo sonreí: mi disfraz la había engañado. Primera vez que visitaba una discoteca *straight* vestida de hombre y las cosas estaban saliendo muy bien. Ella se inclinó hacia delante, como si quisiera ofrecermé su escote, y pasó la lengua por sus labios mientras cerraba los ojos y se dejaba tocar por el tipo que la acompañaba. Yo, concentrada en su lunar, me peiné el mostacho y le volví a sonreír. Sequé otro *shot*. Limón, sal, tequila quemando mi garganta, ella mordiéndose el labio, acomodándose los mechones oscuros de su pelo. Un guiño más y perdería la cordura.

La aventura de mi transformación había comenzado con la llegada de una caja que salió desde San Francisco y dos semanas después llegó a mi departamento. Muerta de la risa, comencé a sacar los productos y jugar con ellos. La tienda tenía una web

muy llamativa, con un *header* que exhibía a unas chicas guapísimas disfrazadas de chicos guapísimos y un titular que por ratos decía “*Girls dressed as boys look pretty, hot and sexy*” y por otros “*You can be the hottest drag king ever!*” No podía contener la risa. Fui saltando de link en link y terminé comprando vendas para ocultar las tetas, mostachos falsos y una pinga de plástico *ultra realistic* que prometía hacerme sentir como todo un hombre, que nunca pude usar porque no sabía cómo quitármelo después de pegarlo entre mis piernas. Me hice un corte de pelo que me servía para ir de hombre o de mujer, y lo complementé con unas mechas rubias bien mariconas. Después fui a comprar ropa a la sección de hombres. Esa misma tarde me vestí por primera vez como Valentín, versión masculina de mi nombre real. ¿Valentín? *No way*. Levanté una ceja. Valentín me sonaba espantoso, con ese nombre no me iba a levantar a nadie. Así que me cambié a Francisco. Empresario en sus *early thirties*, bien plantado y con buena billetera. Comencé a carcajearme tirada en mi cama, con las manos en el estómago, y el pene artificial metido en mi calzón morado. Tenía una imagen muy realista de Francisco, pero en el fondo tenía miedo de que no fuera suficiente para engañar a las chicas. Por eso me quité la ropa y solo tres semanas después volví a buscar el disfraz, que estaba hecho una bola debajo de la cama, con la pinga de plástico envuelta entre la ropa. Sonreí. Esa noche

Labios ajenos

Jennifer Thorndike

estaba tan aburrida que decidí sacar a Francisco de paseo. Me envolví bien con las vendas hasta ocultar mis tetas por completo, me vestí con una casaca de cuero, camisa gris, pantalón oscuro, me peiné con gel, me pegué el mostacho y me miré al espejo. Me veía realmente bien. Reí. Tarjetas, dinero, llaves. Metí todo al bolsillo y salí.

Adelante, señor, bienvenido, escuché que me decían al entrar a la discoteca. Señor, ¿quiere un trago? Señor, ¿le guardamos el saco? Me mantuve callada la mayor parte del tiempo porque tenía miedo que mi voz me delatara. Sentada en la barra, pedí un *apple martini*. El barman me miró extrañado. Va a pensar que soy maricón, pensé, y cambié el pedido por lo más macho que se me ocurrió, un *shot* de tequila que, al secarlo de golpe, me hizo temblar el mostacho. Fue en ese momento que vi el lunar, el lunar de la chica con las piernas más lindas de la discoteca, rodeada de tipos que la tomaban por la cintura y le ofrecían coloridos cócteles. La boca pintada de rojo intenso, el lunar sensual que yo quería besar. Ella se acomodó el cerquillo, coqueta, y yo tomé otro tequila a su salud mientras ella abría las piernas y me miraba tentadora. Me pareció que no llevaba calzón, y el mío estaba cada vez más mojado. Salud, le dije solo moviendo los labios, a la distancia, y ella me seguía sonriendo. Salud, salud, más salud. Me empecé a emborrachar: un tequila más y la vi acercarse con la blusa desabrochada, la sonrisa de lado y el lunar riquísimo. Se sentó

junto a mí y frotó su muslo contra mi pierna temblorosa. Me llamo Andrea, ¿y tú? Le susurré que Francisco, pero creo que no me escuchó. Me preguntó si le invitaba una cerveza. Yo asentí sin decir una palabra, con miedo de que mi voz aguda delatara la falsedad de mi mostacho. Me va a descubrir la rica y putísima Andrea, también su lunar, ese lunar que quiero lamer incluso más que sus pezones y su húmeda abertura.

Me acerqué a ella y le besé el lunar. Lo lamí, lo mordí, me pegué a sus labios, metí mi lengua, profundicé. Ella quiso hablar, pero yo no la dejé, no podía hacerlo, seguí besándola. Le toqué el muslo, metí la mano dentro de su minifalda y mis dedos se mojaron entre sus piernas. Y ella, que suspiraba cada vez con más fuerza, estiró la mano para tocarme por debajo del pantalón. Solo en ese momento recordé que a último momento decidí no usar la pinga de plástico por miedo a que se me fuera a caer mientras bailaba con alguna chica. Con cara de indignación, Andrea se apartó de mi lado y por un momento pensé que me iba a agarrar a cachetadas. Pero no lo hizo, sino que sonrió. Y yo, Francisco, ¿empresario? ¿abogado?, bien plantado y con buena billetera, sonreí mientras me pareció ver que el lunar se alejaba, o acaso se volvía a acercar, y se perdió entre unos labios que quizá no eran los míos.

CUENTO COMPLETO · LA DERROTA DE LO REAL

Un problema de difícil solución

Pablo Brescia

**10**

Hay una historia.

9

El charco de sangre se escurre por debajo de su espalda. Tiene los ojos bien abiertos, atentos.

Me siento en el borde de la cama y pienso. Todavía puedo pensar. Actuar, en cambio, me causa mareos. Enciendo un cigarrillo. Contemplo posibilidades, desarrollo hipótesis. La habitación está extrañamente luminosa. Pasan algunas horas.

8

Marco los números con lentitud; presionar los botones es una carga enorme. Alguien contesta del otro lado y me sorprende al modular una voz firme, como si todo estuviera bien, como si nada hubiera pasado. *Un auto va para allá*, me dicen. Me pongo lejos de la cama y miro el techo.

Llegan.

—¿A quién pertenece el departamento?

—Es de mis padres.

—¿Conocía a la víctima?

—No había tenido el gusto.

—¿Sabe cómo murió?

—Ni siquiera entiendo cómo llegó aquí.

—¿Dónde estuvo usted en las últimas horas?

—No lo sé. Paso a explicarle. Hay un vacío entre el momento en que me acosté y el momento en el que me desperté con eso cerca mío. Es como si de pronto se hubiera materializado una pesadilla o como si alguien se hubiera apoderado de mí para forzarme a cometer un crimen o como si hubiera perdido la razón por unos segundos suficientes para provocar un descalabro o como si me hubiera tomado una revancha de alguien que desconozco.

Los policías revisan el cuarto buscando algún rastro que, les aseguro, no van a encontrar. El oficial se dirige a mí desde el fondo de sus ojos, expresivos de una decisión que cancela todas mis teorías. Vamos, me dice, y me toma del brazo. Cedo, porque así son las cosas cuando no se explican.

El cuarto está bañado en azul. Me llevan hasta la puerta y comprendo que no puedo salir, no puedo irme así. Me aferro al picaporte, grito, todo está cubierto de neblina. De pronto, los policías desaparecen. Las ventanas están cerradas y hace frío.

Un problema de difícil solución

Pablo Brescia

7

Trato de hacer algo. Intento echármelo al hombro, pero se convierte en una de esas bolsas que los hombres cargan y descargan en los muelles. Entonces rodeo su cuello con el brazo izquierdo y, cuando hago el esfuerzo para incorporarnos juntos, caemos sobre el colchón. Nos golpeamos con la cabecera de la cama y las manchas de sangre salpican las paredes. Una lástima, las habíamos pintado hace poco. Una verdadera lástima.

Queda mirando al techo. Logro arrastrarlo hacia la ventana. Transpiro. Levanto el vidrio inferior y lo trabo con el seguro. Meto su cabeza y sus hombros en el hueco. Es inútil. Es demasiado grande y no pasa. De pronto siento un ruido tremendo. El vidrio superior de la ventana ha caído y casi guillotina la cabeza. Lo saco de allí, a duras penas. Queda tirado en el piso. Los dos estamos amoratados y exhaustos.

Me río un poco. Ya no sé de qué color es el cuarto. Pasan algunas horas y sigo con frío.

6

Voy con pasos rápidos hacia la cocina; allí guardo las herramientas que nunca uso. Busco en la caja. No hay ni una sierra. Lo único útil podría ser este cuchillo que parece brillar. ¿Y qué le corto? La cabeza quizá, porque ya casi la tiene desprendida.

Me decido por un brazo.

Comienzo a hundir el filo de la hoja en la carne. Hay tendones y músculos y tengo que hacer un esfuerzo para atacar esa masa de color blanco. No me da asco, aunque definitivamente este papel no me queda bien. Intento asestarle golpes secos como los que usan los carniceros para ablandar la carne. Le doy a la nuca y la cabeza se levanta. Me

enceguezco y empiezo a acuchillarlo por todos lados.

Es inútil: cortarlo me llevaría una eternidad. Mi estrategia se desploma sin mucha ceremonia.

5

Lo empujo hacia la bañera con mi último aliento. El agua caliente corre por su piel. Sentado, parecería disfrutar de ese momento de relajación. Yo también entro a la bañera y me dejo salpicar. Estoy, estamos purificándonos, pienso. No hay nada mejor que el aroma a limpio, pienso. Y entonces siento el hedor que emana de un cuerpo que no es el mío.

La habitación sigue iluminada.

4

Quiero bailar un vals. Salgo del baño y, tambaleando, busco a Strauss.

Lo saco de la bañera a duras penas, lo incorporo y lo pego a mí. Lo abrazo y danzamos en esa pista de baile privada, a la luz de la luna, golpeándonos contra los muebles, dando vueltas, ebrios de felicidad. Pero en uno de nuestros giros tiro demasiado del brazo semicortado y me quedo bailando con el brazo, mientras el resto cae.

Se acabó el baile.

Tiro el brazo inútil contra el aparato de sonido, que sigue tocando el vals. Entonces, ya con furia, tomo el aparato y lo arrojo por la ventana. Los disturbios hacen que se enciendan algunas luces del edificio de enfrente. Oigo gritos que se pierden en la noche.

Un problema de difícil solución

Pablo Brescia

3

Me siento al borde de la cama y pienso un poco.

Me acerco al monobrazo y le hablo al oído, le digo barbaridades. Beso ese cráneo que ya casi no pertenece al cuerpo y le meto la lengua en una oreja. Creo advertir una mueca de placer. Me muevo despacio, me deslizo rítmicamente para llenarme de sangre, para que me sienta. Ahora hay otra música en el cuarto, la música que componen mis gemidos. Clavo las uñas en su pecho y me voy lentamente, en un rumor sabroso que me recuerda a una mañana de mar, con un sol que me calienta la cara y me pone a dormir.

Abro los ojos. Acaricio eso frío, mutilado, potente, que está debajo de mí. Enciendo otro cigarrillo, pero esta vez el gesto no es de nerviosismo, sino de descanso. Pasan algunas horas. Ha sido hermoso.

2

Alguna vez vi una película o leí una novela con una situación parecida. Debería escribir todo esto, pienso. No. No quiero contar esta historia. Quiero vivirla, es decir, quiero terminar de vivirla.

1

Evidentemente tenemos un problema de difícil solución. Cualquier cosa que haga nos lleva a la circunstancia con la que empezó esta historia: a mi lado, un cadáver desnudo en una noche invernal. Él no cambia, soy yo quien debe cambiar.

Lo acomodo lo mejor que puedo en la cama.

¿Cómo no lo había pensado antes? Busco algo en el cajón y siento una forma que anuncia mi destino. Algún otro va a tener que resolver este caso. Me gustaría verle la cara al que se despierte con nosotros dos en la cama.

Pasan algunas horas. Ya no hace tanto frío.

0

CUENTO COMPLETO · VIAJE ONE WAY

Mr. Not Guilty

Rodolfo Pérez Valero

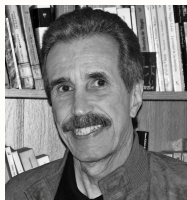


Foto: Tingo Martínez - dominio público

El guardia pelirrojo esperó a que la doctora que certificaría la defunción llegara hasta la camilla con las correas. Luego, cerró la puerta del cubículo y extrajo las llaves de su bolsillo. Ante él, el reo pareció desvanecerse y el guardia calvo a sus espaldas tuvo que sostenerlo. Del otro lado del cristal de la única ventana, los padres del Peloterito, el niño violado y asesinado dieciséis años atrás, ocupaban sus asientos junto a un grupo de periodistas. Era el día de la inyección letal para Ricardo Abrego, Mister Not Guilty, el condenado a muerte más célebre de Estados Unidos. El pelirrojo le zafó la cadena de la mano derecha. Y Abrego le lanzó una patada que lo tiró contra el ventanal, torció bruscamente la cabeza del guardia calvo y algo traqueó, y enredó la cadena que pendía de su mano izquierda alrededor del cuello de la doctora. Del otro lado del ventanal, la madre del niño se desmayó.

* * *

Bajo la llovizna, Manny Huerta salió del carro patrullero y abrió la reja de la finca. El detective de la policía de Miami extrajo su pistola, y los dos agentes que lo seguían lo imitaron. Mientras avanzaba por el camino fangoso, observó a su derecha un viejo camión, con un letrero descolorido: EL MEXICANO. LANDSCAPING AND TREE SERVICE. SE HABLA ESPAÑOL.

Veinte minutos antes, Manny había recibido una llamada de un tal Juan Flores: escuchó la voz apenas audible del hombre que le rogó que anotara su dirección, y, luego, un disparo. Ahora, al tocar a la puerta de la casita de madera, esta se abrió. Sobre la mesa de la sala comedor, los restos de un desayuno, varios envases de medicamentos, una jeringuilla y un ámpula rota de morfina. En la pared, el escudo del Deportivo Guadalajara, rodeado de fotografías. Manny reconoció en una de ellas a Chicharito, en otra, aparecía todo el equipo bajo el texto Manchester United Premier Cup, 2006, y en una pequeña, un hombre muy flaco sonreía ante una de las entradas al viejo Estadio Jalisco. Mientras avanzaba hacia el dormitorio, Manny recordó su infancia en Cuba, y que su bisabuela, madrileña, lo aficionó al Real Madrid. El hombre estaba sobre un charco de sangre en el piso, aún tenía la pistola en su mano, y a pesar de que le faltaba parte de la cabeza, Manny supo que era el flaco de la foto en el Jalisco. Sobre el televisor reposaba una cinta de video con la etiqueta PARA MANNY HUERTA. El detective ordenó a los agentes que avisaran a la Unidad de Escena del Crimen, y colocó la cinta en el reproductor. Desde la pantalla del televisor, el flaco, muy demacrado, le dijo que era el violador y asesino del Peloterito, que había conocido al menor porque arreglaba patios en esa cuadra, y ese día fue allí a recoger un rastrillo que se le había quedado y vio salir al niño de la casa

Mr. Not Guilty

Rodolfo Pérez Valero

del doctor Abrego, y no supo por qué, pero le pidió ayuda al Peloterito para buscar algo que se le había perdido dentro del camión...

* * *

El fiscal estatal Andrew Ruffinelly no tocó a la puerta, la abrió y entró agitado a la oficina del gobernador.

—Tenemos que detener la ejecución de Ricardo Abrego —le urgió—, alguien confesó ser el asesino, y hay pruebas.

Teddy Hudson lo observó incrédulo, pero de inmediato reaccionó y miró hacia el reloj en la pared. Iba a decir algo cuando, por el intercomunicador, su secretaria le avisó que tenía una llamada urgente desde la cárcel. Mientras el gobernador escuchaba al teléfono, su rostro palidecía. Tomó el control del televisor y lo encendió. Estaban informando de lo ocurrido en la prisión. Teddy Hudson tapó el teléfono y le preguntó al fiscal cuán creíble era esa confesión y Ruffinelly le respondió que se trataba de un ex convicto, y que había dado detalles hasta ese momento desconocidos. Hudson lo fulminó con la mirada, respiró hondo y, por teléfono, pidió al alcaide de la prisión que lo pusiera por un altavoz donde lo escuchara Abrego. Segundos después, le habló:

—Señor Abrego —dijo—, soy el gobernador Hudson, mantenga la calma, por favor, no le haga daño a la doctora, alguien ha confesado el crimen por el cual usted fue condenado, y yo voy a ir de inmediato a verlo, acompañado de la prensa para conversar con usted, todo esto se puede arreglar —hizo una pausa, y añadió—: se lo garantizo.

Hudson esperó en silencio mientras Ruffinelly desaprobaba con la mirada. Cuando el alcaide le dijo que el reo accedía a esperarlo, Hudson colgó el teléfono.

—Fue un caso bien llevado —le dijo Ruffinelly mientras abandonaban de prisa la oficina—. El Peloterito salió ese día de su casa para ir a jugar con el hijo de Abrego, sin saber que su amiguito había ido de compras con la madre. Nadie volvió a ver al Peloterito hasta que dos días después apareció dentro de una bolsa en un terreno baldío, estrangulado y abusado sexualmente, pero el violador usó un condón y no pudimos obtener ADN. Sin embargo, hallamos una huella parcial de Abrego en la bolsa y otra en una curita en la rodilla del niño. Ahí lo detuvimos, y él juró que no había visto al Peloterito en días. Varios testigos dijeron que la tarde del crimen vieron salir el auto de Abrego y supusimos que allí trasladó el cadáver del niño. En el auto no hallamos huellas: Abrego lo había lavado porque, según dijo, había salido a comprar fertilizante para su jardín y se le derramó un poco en el auto. Pero el manager de un supermercado cercano a la zona nos avisó que había visto al detenido en actitud sospechosa, observamos sus cintas de video de seguridad y vimos a Abrego echando algo en un tanque de basura. La ciudad no había recogido aún la basura y allí hallamos un libro perteneciente al Peloterito, con una manchita de sangre de la víctima y huellas de Abrego. Entonces él admitió que el niño fue a su casa, que llegó con un arañazo en la rodilla y el libro manchado de sangre y que sí, le puso una curita como habría hecho con su propio hijo, nada más. Y dijo que esa misma noche, cuando buscaban al niño, se dio cuenta de que se le había quedado el libro en la casa, tuvo miedo de que lo involucraran y decidió botarlo. Pero no pudo explicar por qué apareció una huella parcial suya en la bolsa del crimen. Principalmente gracias a esa huella logramos que el jurado lo hallara culpable... Ahora tenemos un gran problema. Pero podemos exonerarlo del asesinato del Peloterito, lo llevamos a juicio por la muerte del agente y le pedimos una condena de

Mr. Not Guilty

Rodolfo Pérez Valero

dieciséis años, los mismos que ya cumplió por el crimen que no cometió, y lo dejamos libre.

Desde el asiento trasero de su auto oficial, Teddy Hudson se cercioró de que se aproximaban a la prisión, y se volvió hacia Ruffinelly.

—No —le dijo irritado—, no lo puedes acusar de la muerte del agente. Abrego fue condenado a morir por errores de un investigador o por prisa tuya en hallar un culpable y ser elegido al cargo de fiscal estatal. Sobrevivió dieciséis años en la cárcel, se hizo abogado, escribió libros sobre su caso y acerca de condenados que después se supo que eran inocentes, se hizo un abanderado contra la pena de muerte y los fallos del sistema de justicia, se convirtió en el famoso Mister Not Guilty y con los derechos de autor mantuvo a su familia y donó dinero a obras de caridad, y cuando perdió su última apelación, yo no moví un dedo para conmutar su pena por cadena perpetua, y hoy lo íbamos a ejecutar. Si quieres ser un cadáver político, atrévete a juzgarlo. Va a tener a toda la opinión pública a su favor: padre de familia, prestigioso profesional respetado en su comunidad, al que tú acusaste injustamente, manchaste su reputación e hiciste que lo condenaran a morir, y el día en que se descubre que es inocente, no porque un detective inteligente llegó a la verdad sino porque el real culpable lo confesó, ese día lo van a ejecutar y el hombre se defiende y mata al que lo va a matar a él. Cualquier abogado lo saca por defensa propia. No, yo no me voy a involucrar en eso. Y si tú lo haces, yo lo indulto. Recuerda que cuando termine mi mandato voy a postularme para el senado.

* * *

Manny Huerta dejó caer el periódico sobre el buró de su jefe.

El alguacil del condado Miami-Dade, Ty Washington, leyó el titular INOCENTE CONDENADO A MUERTE MATA A SU VERDUGO Y SALE EN LIBERTAD, y sonrió con amargura.

—Jodiste tu carrera, Manny —dijo y siguió fumando su habano de Santo Domingo.

Pero Manny negó con la cabeza y abrió su libretica.

—Estuve haciendo averiguaciones —dijo—. El año pasado, Ricardo Abrego pasó todo un mes en el hospital de su prisión debido a una apendicitis que derivó en peritonitis. ¿Y sabe usted quién coincidió allí con él? Sí, el mexicano Juan Flores: lo trasladaron allí porque en su penitenciaría no le podían dar el primer tratamiento de quimioterapia para su cáncer. Ya se conocían, porque Flores arreglaba el jardín de Abrego. Y compartían una afición: recuerdo que hace dieciséis años, cuando arresté a Abrego en su casa, vi en una pared un escudo del Guadalajara. Él nació en Cuba, pero al venir acá su familia se estableció primero en Texas, y allí su padre se aficionó al Guadalajara y al parecer le inculcó al hijo su amor por el club. Y no es difícil que la pasión de Abrego y Flores por las Chivas los haya amistado. Poco después, debido a su salud, dejaron libre al mexicano, para que muriera tranquilo. Y yo quiero que me autorice a investigar por qué se confesó autor de un crimen que no cometió. Es que hay incongruencias. Fíjese: en el video, Flores dice que, una semana antes del crimen, Abrego le había dado varias bolsas de basura para botar las hojas de su jardín y que él guardó en su camión una que le sobró, y que cuando mató al niño, vio la bolsa y lo metió allí, y que por eso apareció la huella de

Mr. Not Guilty

Rodolfo Pérez Valero

Abrego en la bolsa, pero no las tuyas porque siempre usaba sus guantes de jardinero. Y yo le pregunto: ¿cómo es posible que siendo su huella en la bolsa la principal prueba, Abrego no se acordara de que le había dado varias bolsas a su jardinero? Si lo hubiera dicho, yo habría investigado a Flores y habría descubierto la verdad. ¿No será que la confesión del mexicano es una farsa?

Washington se movió incómodo en su butaca, como molesto porque le interrumpieran la hora de su habano.

—Mira, Manny, en el video Flores no solo confiesa con detalles cómo lo hizo todo, sino que menciona el sitio exacto donde enterró la mochila del Peloterito que estaba desaparecida, y allí mismo la encontramos. Además, el mexicano no era un santo, sino un delincuente convicto —dijo, como zanjando el asunto.

Pero Manny pasó la hoja de su libretica y se la mostró a su jefe.

—Juan Flores viajó a Cuba a conocer a un hermano de su madre —dijo—, y allí se enamoró de una cubanita. Y al regreso, consiguió un bote y fue a buscar a la mujer y los padres de ella, pero los detectó la guardia costera y a los cubanos los devolvieron a la isla y a él lo condenaron por contrabando de humanos. No era un delincuente, sino un enamorado que tuvo mala suerte y, para colmo, se enfermó. Estoy seguro de que no mató al Peloterito. Déjeme investigar.

—Mierda —bramó Washington, sin que quedara claro si se refería al caso o al habano, que terminó botando en el cesto—. Mira, Manny, el fiscal Ruffinelly y el gobernador Hudson dieron el caso por cerrado. Lo que te sucede es que cometiste un error que dejó libre al verdadero violador y asesino; un error que por poco le cuesta la vida a un inocente, y

que provocó la muerte de un agente del sistema carcelario. Y que la verdad no se supo gracias a tu inteligencia sino porque el culpable sintió remordimientos. Si la prensa se entera de que estás investigando a Abrego otra vez, lo van a ver como algo personal. Y lo que es peor: va a parecer que el departamento del alguacil y la fiscalía no son capaces de llegar a la verdad de los hechos, y todos los otros casos serán puestos en duda. Ruffinelly y Hudson quedarían en ridículo, pero me pasarían la cuenta y perdería el cargo y hasta la pensión. No se te ocurra hacerlo ni en tu tiempo libre, porque te meto preso por desacato y te boto deshonrosamente. Mejor piensa en tu familia, en tus hijitos. Ahora vete.

* * *

En el salón de banquetes, Ricardo Abrego corroboró que era el hombre del momento. Sus simpatizantes le organizaron la recepción para celebrar su libertad. No cesaba de estrechar manos y recibir abrazos y muestras de apoyo. En una mesa esperaban decenas de ejemplares de sus libros para ser vendidos, con su firma. Su caso había trascendido las fronteras de Estados Unidos, y Mister Not Guilty había recibido múltiples invitaciones de países y organizaciones que se oponían a la pena de muerte, sobre todo en Europa. Gracias, Dios mío, pensó. Besó a su esposa en la mejilla, le dijo algo al oído y se apartó de ella y de su hijo, médico también, para acercarse a un grupo de periodistas, que no esperó a que llegara a ellos para lanzarle la primera pregunta:

—¿Qué hará ahora Mister Not Guilty?

—No guardo rencor a nadie —aseguró Abrego—, y estoy más ansioso que nunca de servir a la sociedad, de ayudar a resolver los problemas de la comunidad.

Mr. Not Guilty

Rodolfo Pérez Valero

—¿Va a entrar en la política?

—Bueno, todas las opciones están abiertas —sonrió—. Ah, como ustedes saben, he demandado a la Fiscalía del Estado de la Florida y al Departamento del Alguacil de Miami-Dade por los infinitos sufrimientos infligidos a mí y a mi familia, y las imborrables secuelas que han dejado en nosotros. No lo hago por el dinero. De hecho, una buena cantidad la donaré a la familia del agente carcelario que falleció, porque él es otra víctima del sistema. Lo hago para llamar la atención sobre todas las injusticias que se cometen por motivos, a veces, personales, de políticos y funcionarios más preocupados por mostrar un supuesto buen expediente que en servir a la sociedad. Cuando la Florida tenga que pagar unos milloncitos del dinero de los contribuyentes, no creo que los funcionarios responsables de casos mal llevados, como el mío, obtengan ni un solo voto en sus aspiraciones políticas, ¡y ustedes saben a quiénes me estoy refiriendo! Ahora, discúlpenme, necesito estar con mi familia

—dijo, posó por última vez para las cámaras de la televisión y los fotógrafos de los diarios, hizo con los dedos la V de la victoria, y se alejó.

Mientras avanzaba entre las personas que le sonreían y lo felicitaban en busca de su esposa, Abrego se dijo que, como hombre de palabra, tenía que enviar el dinero prometido a la mujer de Flores en Cuba. ¡Joder, el mexicano casi deja que me maten! No es fácil meterse un tiro, pero de todas maneras el cáncer se lo estaba comiendo, ¡y habíamos hecho un trato, ¿no?! Bueno, calma, nunca más, nunca más. ¿Cuán descontrolado estabas que no te pudiste contener con un niño de tu propio barrio? Cuando tengas tus urgencias, haz lo de siempre: un viajecito de “trabajo” a Bolivia, Perú, Guatemala... Ahí están los niños de la calle. Y ahora, sonríe y saluda, que eres un hombre libre.

PARA SEGUIR LEYENDO · CATÁLOGO COMPLETO

Libros de cuento

Cuentos, microcuentos, antologías y narrativa híbrida.

1 / 3

Antifaces

Jennifer Thorndike



Personajes que cambian de identidad para alcanzar el éxito o sobrevivir. El deseo, el cuerpo y las máscaras revelan la distancia entre lo que somos y lo que mostramos.

[Ver el libro ↗](#)

Aquí no hubo ni una estrella

Gisela Heffes



Un libro híbrido que cruza cuento, poesía, ensayo y memoria. Sus fragmentos trazan un mapa de migraciones, nostalgias y patrias imaginarias, mientras desafían las fronteras entre géneros.

[Ver el libro ↗](#)

Calle Patria

Ivón Osorio Gallimore



La infancia y la adolescencia en La Habana vistas desde una casa y su balcón. Los afectos, los secretos y las ausencias familiares muestran cómo la memoria nos funda.

[Ver el libro ↗](#)

Desordenadas

Naida Saavedra



Mujeres atravesadas por emociones opuestas, amores truncos e incertidumbre. Estas historias exploran cuerpos, frustraciones y formas de vivir que encuentran en el caos una posibilidad de transformación.

[Ver el libro ↗](#)

El deseo es un piano invisible

Gisela Kozak Rovero



El deseo lésbico, la amistad y la pasión política se entrelazan en una Venezuela en crisis. La música acompaña encuentros y desencuentros marcados por los prejuicios y la búsqueda de libertad.

[Ver el libro ↗](#)

PARA SEGUIR LEYENDO · CATÁLOGO COMPLETO

Libros de cuento

Cuentos, microcuentos, antologías y narrativa híbrida.

2 / 3

Grand Nocturno

Hernán Vera Álvarez



Ciudades y personajes encuentran su refugio en la noche. Migración, precariedad y deseo atraviesan historias que combinan agudeza psicológica, humor y registros diversos del español.

[Ver el libro ↗](#)

Húmedos, sucios y violentos

Kathy Serrano

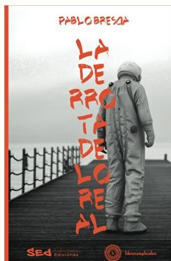


Cuentos y microrrelatos exploran la violencia, el deseo y los lados oscuros de la condición humana. Voces perturbadoras y cuerpos vulnerables convierten la brevedad en una forma de inquietud.

[Ver el libro ↗](#)

La derrota de lo real

Pablo Brescia



Lo fantástico, el policial y la ciencia ficción desmontan nuestras certezas. Con ironía y paradojas, estos relatos exploran el vacío, la pasión y los desvaríos de una realidad que cede ante lo imaginario.

[Ver el libro ↗](#)

Las Experiencias

Antonio Díaz Oliva



Ocho cuentos de personajes desplazados geográfica y emocionalmente. Humor, ternura y rabia llevan las experiencias al extremo, entre comunidades insólitas, miniaturas de muertos y ciudades distópicas.

[Ver el libro ↗](#)

PARA SEGUIR LEYENDO · CATÁLOGO COMPLETO

Libros de cuento

Cuentos, microcuentos, antologías y narrativa híbrida.

3 / 3

Muerte con campanas

Kelly Martínez-Grandal



Miami, Caracas, La Habana y Nueva York forman una cartografía de vidas cotidianas. Sus personajes comparten el desasosiego, aunque el humor y los instantes luminosos abren espacio entre las pérdidas.

[Ver el libro ↗](#)

Noir Tropical

Hernán Vera Álvarez, Pedro Medina León y Gastón Virkel · Editores

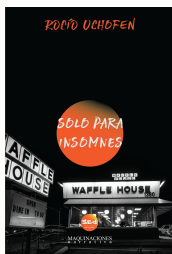


Dieciocho relatos recorren una Miami marginal de criminales, inmigrantes y sueños rotos. Esta antología policial cruza la literatura de Estados Unidos y América Latina para mostrar lo que oculta la postal.

[Ver el libro ↗](#)

Solo para insomnes

Rocío Uchofen

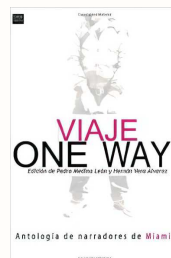


Dieciséis historias alteran la estabilidad de lo cotidiano. Espejos, laberintos y espacios cambiantes abren grietas hacia una irrealdad que transforma a los personajes y al propio lenguaje.

[Ver el libro ↗](#)

Viaje One Way

Hernán Vera Álvarez y Pedro Medina León · Editores



Narradores de Latinoamérica y España cuentan Miami desde experiencias de migración, soledad y supervivencia. Una antología de voces y códigos que revela una ciudad más compleja que su imagen habitual.

[Ver el libro ↗](#)

Portadas y fichas: Suburbano Ediciones. Sinopsis: síntesis editoriales. Fotografías de autores: archivos de Suburbano; Rodolfo Pérez Valero: Tingo Martínez, dominio público (Wikimedia Commons).